

Lucía Estrada

Medellín, 1980. Ha publicado los libros de poesía *Fuegos Nocturnos*, Medellín, 1997; *Noche Líquida*, Colección del Ministerio de Cultura, San José de Costa Rica, 2000; *Maiastra*, Ed. El Tambor Arlequín. Medellín, 2004; *Las Hijas del Espino*, Cobalto Ediciones. Medellín, 2006 y *El Ojo de Circe*, Antología, Colección Universidad Externado de Colombia y Revista El Malpensante, 2006. Sus poemas han aparecido también en varias antologías y publicaciones del país y del exterior. Con su libro *Las Hijas del Espino*, obtuvo el Premio de Poesía Ciudad de Medellín, 2005. Actualmente hace parte del comité editorial de la Revista Literaria Alhucema, Granada, España.

Cuando la noche se inclina
y parece que pronuncia tu nombre,
hundes tus manos en la oscuridad
y buscas a tientas
el cuerpo inabarcable de tu memoria

Ese pálpito en la punta de los dedos,
la densa respiración de todo cuanto existe,
te obliga a permanecer en la sombra

Ninguna imagen tiembla en el espejo.
Ninguna superficie se apiada de ti.

Todo está vuelto sobre sí mismo
y nada consigue reflejarte

Una pausa, y el tiempo detenido cae sobre tu silencio.

Cuántas palabras a punto de oscurecerse bajo tu lengua.
Cuánto deseo en los ojos que se abren por última vez.

Apártate un poco y comprende
que nada podría ser el inicio ni el centro
en este cuarto cerrado.

Que todo será dicho de golpe
en medio de la sombra
y muy lentamente.

Mary Shelley

Vivir en la cercanía de todo,
en el temblor de las hojas,
en la herida viviente del destino.
Y acercarme,
y compartir el horror de sentirse
una materia blanda,
sin lenguaje,
un cuerpo desfigurado
por la excesiva prudencia de Dios.

El viento arrastra el vacío de los ojos,
la boca condenada,
el peso de la eternidad,
el pliegue de la vida vuelta en sentido contrario,
la resistencia de las rosas,
la estrella negra del nacimiento.

¿Por qué no gritas?
¿por qué no destruyes
los castillos de la culpa?
¿por qué no arremetes
contra mi espanto?

¿Por qué no eclipsas la visión?

Hay un lugar reservado para tu abandono.

No aguardes la venida
de lo inevitable.

XL

Escucho música lejana, como de palabras que van a decirse, las últimas de una lengua en extinción. El aire trae sus capillas, recintos aislados, semillas de luz en el espacio negro. Dentro de sus cristales, robustas plantas tejen un canto silencioso: habla de dioses perdidos, de aves fabulosas, seres vegetales, edénicos, a la búsqueda de un tiempo semejante al vacío. Van a decirse, van a fluir en ausencia de bocas, todas las palabras, las del principio, las de la muerte; van a recorrer lo inmóvil, lo consumado, abrirán la tierra, separarán las aguas, río contra río, el fuego será rodeado, barrerán nuestros huesos que ocultan el primer jardín, derribarán los sarcófagos del oído y la lengua, y todavía ese viaje sería el inicio.

Reinas de sí mismas, las palabras, somos apenas su tránsito misterioso, no la región que las espera.

XXXIII

Redimir la noche, mezclar su escritura y comprender. No es posible huir luego de haber iniciado la cacería mayor, brazos y ojos señalados por el fuego de la búsqueda. El dedo que fijó la página, el agua que vemos resplandecer en el poema. Todavía, ese leve gesto se repite. La luna del comienzo no declina ni se oculta.

Un instante: se descifra el movimiento de la llama.

Otro: el humo que asciende.

Ahora se prueba el fluir de la sangre, un círculo de correspondencias.

El silencio explora su laberinto. La estela de ese otro sol se mantiene. El rito de la noche no termina. Viejos hombres deambulan hoy bajo su antorcha.

Son estas mis manos y la sombra que las contiene.
Son estos mis ojos y lo que aún miran más allá de este
cuerpo mudo.

Todo transcurre sin palabras.

Lejos, como si nada ni nadie se perteneciera.

Es preciso, dijiste, avanzar en la noche,
dejarla caer tibiamente sobre nosotros
como un párpado
y grabar en ella nuestro deseo.

Pero la noche es el temor de una mano
que palpa en la oscuridad esperando encontrarse
entre los pliegues de las cosas
y sólo halla el puño cerrado,
la imposibilidad de asirse,
su ausencia.

Alma Malher

Yo también lo prefiero.

Es más bella la mano
al pulsar una cuerda invisible.

Cuando duermes,
reaparecen las tres mil sombras de tus dedos
tejiendo filigranas
en el oscuro cuello del dragón.

Te miro inquieta
sin atreverme a respirar.

Es la hora más alta
del doble vuelo nocturno.

Escribo en la seda de tus párpados
mi temor de perderte,
de que huya como gato por los techos,
de que salte y reviente la cuerda
de todas las campanas del mundo,
de que se despeñe con el sonido metálico
de un arcángel
en el centro mismo de la orquesta.

Yo también lo prefiero
cóncavo y oscuro.

La clave blanca y negra
de todo cuanto existe
se advierte
en su sinfonía de agujas.

XXX

Avanzo entre la escarcha. Del suelo crecen agujas, las aparto. El camino cada vez más difícil. La vegetación bien puede aplazar el momento de crearse a sí misma. Aprendo entonces de las arañas. Sujetarse al propio vértigo entre las puntas de mercurio.

Una mujer rompe el paisaje.

Desde la ventana hace ondear un viento rojo, ella misma salta, ella misma envuelve la visión como tela que han de zurcir las agujas. Huyo para que no me alcance su atmósfera, segura de que al cruzar uno solo de sus puentes estaré siempre de vuelta.

LVII

Soy llevada a un lugar secreto. La niebla me cubre para no delatar el paisaje. Quieren prolongarlo, quieren ver mi asombro frente al límite de la oruga, que la tejedora de pájaros me haga parte de su red, y entonces sí, desafiarme, pedirme que construya un imperio mayor. Me quieren muda. Saben que todo está, que sólo debo plantar mi cabeza entre el follaje, aprender el orden natural de las superficies y desatarlas, dejándolas huir hacia el fondo como mágicos caballos. Me quieren sin error en su batalla contra nadie, me quieren su quietud.

Han puesto mi escritura bajo el agua, ríen de su fragilidad y trazan nuevos signos, invisibles palabras sin tiempo. Me quieren otro lenguaje, un oficio anterior a mi nombre.

Cruzo, pues, el último espejo y entrego mis manos a lo imposible.